

ésta una demostración reconfortable de libertad de opinión y de libertad de palabra—pues en esta ocasión, Gorki, más que tomar parte en la discusión, hizo una requisitoria. Y esto, ante dos investigadores ingleses, —todo oídos evidentemente.

Pero Gorki ha ganado la confianza y el respeto de la mayor parte de los jefes bolcheviques. Impuesto por una especie de necesidad, ha llegado a ser, bajo el nuevo régimen, semioficialmente, el gran salvador de restos señalados como cosas preciosas.

El siente, apasionadamente, todo el valor de la ciencia y de la cultura occidentales. Está penetrado de la necesidad de asegurar la continuidad de las relaciones intelectuales entre la Rusia pensante y los intelectuales del resto del mundo. En este punto, ha tenido siempre el apoyo resuelto de Lenine.

El trabajo al cual se aplica Gorki, arroja una luz intensa sobre el conjunto de la situación en Rusia, porque este trabajo abarca gran cantidad de hechos que permiten fijar la naturaleza esencialmente catastrófica de los hechos.

La ruina de la Rusia, tal cual ha tenido lugar a fines de 1917, ha sido ciertamente la más completa que se haya podido observar en una organización social de los tiempos modernos.

Kerensky había rehusado el concluir la paz, y el socorro de la marina británica era impotente para mejorar la situación militar sobre el Báltico: entonces los ejércitos rusos, dislocados y deshechos sobre ciertos puntos, se desbandaron armados y refluieron sobre la Rusia. Fue ésta una avalancha impetuosa de soldados campesinos sin esperanzas, sin alimentos, sin disciplina.

Esa época de desbandada, fué una era de desorden social completo—y marca efectivamente la disolución misma de la sociedad.

En muchos lugares se organizaron *Jacqueries*,<sup>(1)</sup> se incendiaron castillos y tales desafueros estuvieron acompañados de atrocidades horribles.

Las riendas se habían entregado temporalmente a los peores instintos de una humanidad desesperada.

Mas en lo que concierne a la mayor parte de estas abominaciones, cometidas en tal ambiente, los bolcheviques son tenidos como responsables, con la misma razón con que podría acusarse al gobierno australiano.

Se asaltaba a los transeuntes en pleno día, en las calles de Petrogrado y de Moscou, se les robaba, se les despojaba de sus vestidos y aun de su camisa, sin que nadie interviniera.

Los cadáveres de las gentes asesinadas, yacían algunas veces todo un día en los desagües. Nadie se cuidaba por ello: los pasantes iban y venían por las aceras tranquilamente como si de nada anormal se tratase.

Hombres armados—diciendose guardas rojos—penetraban en las casas, pillaban y mataban.

Durante los primeros meses de 1918, el nuevo gobierno bolchevique emprendió una lucha a muerte, no sólo combatiendo a los contrarrevolucionarios, sino a los ladrones o bandidos de toda clase.

No fué sino durante el verano de 1918, y después de la ejecución de



miles de merodeadores y de bandidos, cuando la vida volvió a ser normalmente segura en las calles de las grandes ciudades rusas.

Durante algún tiempo la Rusia dejó de ser un país vigilado por la policía. Un torrente de violencia sin Dios ni ley barría el país.

Un gobierno central, aun mal establecido y compuesto de jefes sin experiencia, tenía que defenderse no solamente contra las intervenciones imbéciles del extranjero, sino también contra la más completa anarquía en el interior.

Es de este caos del que la Rusia se ha esforzado y se esfuerza por salir.

Para las artes, para la literatura en general, como para la actividad científica, el desastre de 1917-1918, ha sido completo.

No quedaba nadie para comprar libros o cuadros; y el sabio se ha visto

un buen día pagado en rublos que se depreciaban rápidamente y que pronto no representaron sino los cinco centésimos de su valor primitivo.

La nueva organización social, aun sin desbatar, enteramente ocupada en combatir el robo, el homicidio y la anarquía más espantosa, no tenía necesidad de sabios. Los había olvidado.

Estas clases especiales de trabajadores, cuya importancia es sin embargo vital en toda civilización, se vieron pues condenadas a las peores privaciones y sumidas en la más negra miseria.

Es en ayudarlos, es en salvarlos a lo que Gorki consagró sus primeros esfuerzos.

Gracias a Máximo Gorki, en gran parte, pero también a las inteligencias más constructivas del gobierno bolchevique, se ha organizado hoy día un grupo de asilos, entre los cuales, el mejor, el que goza de la organización más completa, es la *Casa de la Ciencia*, instalada en el antiguo palacio de la archiduquesa María Pavlovna, en Petrogrado. Vimos funcionar allí la organización central de un sistema autónomo de abastecimiento que atiende como mejor puede a las necesidades de cuatro mil trabajadores intelectuales y de sus auxiliares: por todo como unas diez mil personas. En tales establecimientos, los trabajadores intelectuales, sus asistentes y sus familias, no solamente reciben sus raciones de víveres, sino que también encuentran salas de baño, peluqueros, sastres, zapateros y otras comodidades.

Se ha formado un pequeño stock de calzado y vestido. Hay dormitorios individuales y una especie de hospital en donde se atiende a los débiles y a los enfermos.

Mi visita a esta institución, formada por algunos de los sobrevivientes del mundo científico, bajo los rasgos de hombres envejecidos y de aspecto miserable, fué sin duda la más extraña de mis aventuras en Rusia.

Ví allí hombres como Oldenburg, el orientalista, Karprinsky, el geólogo, Pavloff, titular del Premio Nobel, Radloff, Bielopolsky y tantos otros cuyos nombres son célebres en el mundo entero.

Me hicieron una multitud de preguntas sobre los progresos hechos por la ciencia fuera de la Rusia, y me hicieron enrojecer ante mi crasa ignorancia en estas materias.

Nuestro bloqueo les ha hecho perder todo contacto con la literatura científica de otros países. Sus instrumentos son todos de fabricación antigua; están escasos de papel y deben hacer sus investigaciones en laboratorios sin fuego.

(1) Insurrección de los siervos franceses contra los señores en el siglo XIV.